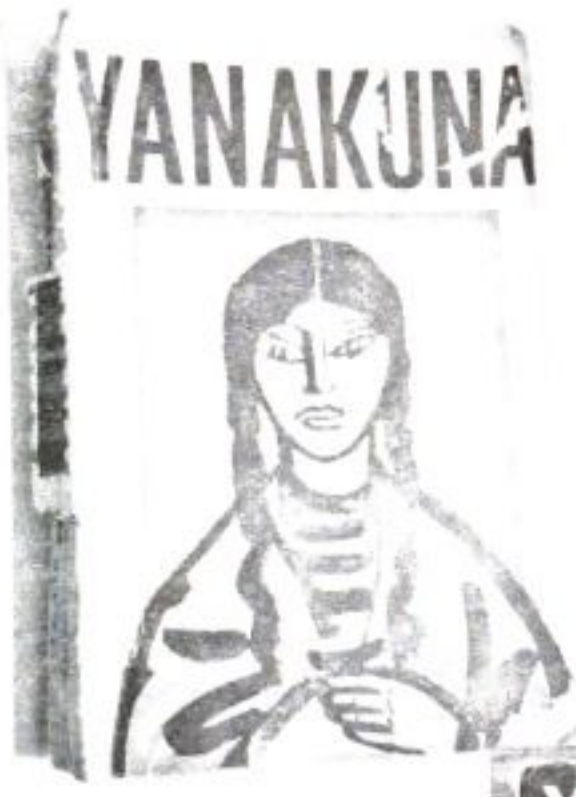
El mestizaje en *Yanacuna*, una novela de Jesús Lara

● La obra describe a las comunidades indígenas y a la sociedad mestiza antes de la Revolución del 52 a través de la historia de la niña indígena Wayra.

Cleverth Cárdenas Plaza
catedrático

Memoria nómada



Contrariamente a otras novelas indigenistas, *Yanacuna* (1952) de Jesús Lara, se detiene y escarba en la subjetividad del indígena. Posiblemente, esto se vincule con el lugar de origen del autor y con su conocimiento del idioma quechua. Rebasa de muchas maneras el mundo ficcional, para constituirse, como mucha de nuestra narrativa, en la puesta en escena de la realidad opresiva que tuvieron que vivir las comunidades indígenas sometidas al latifundismo. De esa manera, esta novela describe a las comunidades indígenas y a la sociedad mestiza antes de la Revolución del 52.

La descripción del mundo rural en esta novela trasmite la sensación de un vínculo afectuoso del narrador con el mundo rural y la comunidad que narra. Se podría decir que la novela es un relato de *bildungsroman* porque ilustra el crecimiento de Wayra, una niña indígena que debe sufrir el desapego de su familia y un proceso dramático y violento de su mestización, el que finalmente termina con la condena a muerte de la protagonista. En ese sentido, ella es el símbolo de una colectividad que se resiste a aceptar un destino de esclavitud y servidumbre, es la metáfora de toda una comunidad que se ve despojada de sus tierras y de su libertad. La migración se constituye en la única forma de escape al servilismo, la mita, la violación y la humillación.

En la primera parte de la novela la infancia en el campo se describe de un modo asombrosamente bello e idílico. Se trata de un mundo perdido, la dicha infantil de quien aún no es consciente el sistema de esclavitud al que está destinada: "Podíase decir que su infancia fue una ladera florecida de ovejas. Ellas salpicaban de blancas manchas movedizas el fondo impreciso de sus recuerdos más lejanos. Sus primeros juguetes, tal vez los únicos, sus primeros amigos, el todo de sus primeros años, fueron siempre los corderos. Nunca supieron sus manos de nada que fuese tan mullido, tan delicado como el vellón de los corderitos recién nacidos".

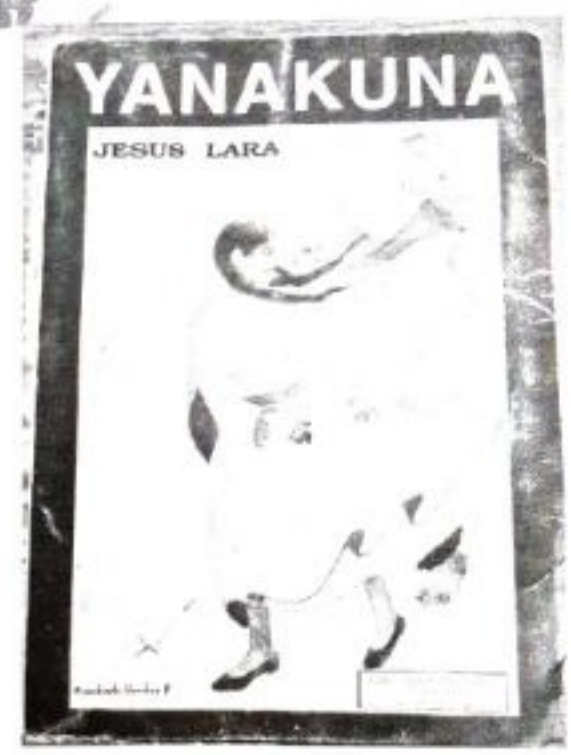
La protagonista vive en ese mundo hasta la muerte de su padre, ese trágico acontecimiento obliga a Sabasta, su madre, a vender todo lo que tiene y a adquirir préstamos para hacer los funerales que exigía la iglesia y la comunidad. De ese modo, no solo se ve despojada de todo lo que tenía, sino se ve endeudada. Hecho que la lleva irremediablemente a "vender" a su hija como criada a los prestamistas del pueblo, los padres del sacerdote. Por medio de esa familia comienza su proceso hacia el mestizaje del modo más cruel y humillante que la literatura haya registrado. Es interesante ver cómo la novela escenifica y representa las prácticas simbólicas y culturales, vinculadas a la religión, como una de las razones del desarraigo cultural.

El lector puede atestiguar, por medio de la vida de la protagonista, aquello que los sociólogos llamaron "movilidad social". La historia itinerante de Wayra es fundamental no solo para comprender lo violentos que suelen ser los procesos de mestización, sino el camino que debe seguir la protagonista desde su sociedad de origen hacia las otras sociedades a las que debe huir. Como dice Antonio Cornejo Polar, muchas veces el mestizaje, como concepto, encubrió lo que era violento y desgajado de nuestras sociedades latinoamericanas .

Desde esta perspectiva, esta novela nos revela lo violento que puede ser un proceso de mestización para una niña indígena. No se trata simplemente de un cambio de hábitos, costumbres, vestimenta e idioma, sino de la pérdida de la identidad y las acciones agresivas hacia su subjetividad, un ejemplo, la primera vez que uno de los hijos de su patrona le habla, le dice "¿Tú eres la imillita que me la han comprado?". Esta pregunta anuncia lo que iría a ocurrir después porque, efectivamente, los patrones comenzaron a tratarla como algo de su propiedad, como a un ser sin alma ni sentimientos. Alguien sobre quien se podía descargar toda la violencia de sus frustraciones raciales o sociales de saberse cercanos a ella.

Cualquier proceso de mestizaje y aculturación debe pasar, irremediablemente, por la pérdida del idioma. En el caso de Wayra se le fue instruyendo en el castellano y en las maneras de dirigirse a los demás, como una forma de patentizar su lugar subalterno en la casa de la patrona y, por antonomasia, en esa sociedad: "Doña Elota ponía particular esmero en que se aprendiese a dar el tratamiento debido a los patrones (...) A don Encarno había que decirle 'Papasu', mientras que a ella se la debía llamar 'mamita Elota'. A los chicos, 'niño Fansito' y 'niño Juanorcito'. Todos los amigos de la casa eran 'señores' y 'señoras'".

Esto tenía mucha importancia, porque la imillita venía con que todo "era parejo como conejo". Se trata de la intención de establecer jerarquías sociales en la que el indígena ocupaba el último peldaño de la escala social. Y estas instrucciones están dadas para que Wayra no pierda de perspectiva el lugar que ocupa.



La novela cuenta cómo, poco a poco, hubo una escalada de golpes que comenzaron a hacerse más frecuentes hasta derivar en largos encierros y el castigo de dejarla sin alimento varios días. Paralelamente, la novela informa que doña Elota veía el maltrato como una forma de instrucción, su deseo era disciplinar a Wayra y así lograr que ella se haga cargo gratuitamente y de por vida de todas las labores de la casa y de su negocio en la chicheria.

Su proyección, entonces, no era modernizadora ni civilizadora, se trataba de un proyecto de servidumbre, semi feudal. A propósito, Lara traduce la palabra yanakuna (el título de la novela) como siervo o esclavo y, precisamente, la novela trata de una niña que ha perdido su libertad y que intenta escapar a su destino de sierva.

El yanakunaje era una situación social de los indios que habían perdido el vínculo con su comunidad y que, generalmente, estaban obligados a "servir" a un señor.

Es posible advertir que Wayra estaba destinada a ser una yanakuna y, precisamente, es a ese destino al que se niega activamente: resistiéndose el llanto frente a los castigos, rechazando la autoridad y buscando el modo de recobrar su libertad.

Luis H. Antezana se refiere a Wayra del siguiente modo: "esa magnífica mujer es el personaje femenino más poderoso de la literatura boliviana, quizá". Estoy seguro de que no exagera, se trata de una niña que se convierte en mujer, mientras atraviesa un proceso de mestizaje crudo. No es solo ficción, Leonardo García Pabón refiere que Lara extrajo al personaje de la vida real, cuando conoció a una niña indígena, llena de heridas y laceraciones, destinada a la servidumbre.

Y es que la narrativa boliviana siempre estuvo vinculada a la realidad y a su contexto, no solo se dedicó a crear mundos ficticios, sino que pudo develar la realidad mejor que cualquier investigación histórica o sociológica.

"A Wayra se le fue instruyendo en el castellano y en las maneras de dirigirse a los demás, como una forma de patentizar su lugar subalterno en la casa de la patrona y, por antonomasia, en esa sociedad".